


Desafiar el sentir. Feminismos, historia y rebelión

Challenging Feeling. Feminisms, History, and Rebellion

Daniela Losiggio

Universidad Nacional Arturo Jauretche, Argentina


Correo electrónico: danielalosgiggio@gmail.com

 ORCID: 0000-0002-1543-0412

Mariela Solana

Universidad Nacional Arturo Jauretche, Argentina

Correo electrónico: mariela.solana@gmail.com

 ORCID: 0000-0001-6894-8082



Datos del libro: Macón, Cecilia. *Desafiar el sentir. Feminismos, historia y rebelión*. Buenos Aires: Omnívora, 2022, 245 páginas.

Palabras clave: *Feminismo, afectos, política, activismo*

Keywords: *Feminism, Affects, Politics, Activism*

Fecha de recepción del artículo: 07/04/2022 **Fecha de aceptación del artículo:** 12/05/2022

Para citación de este artículo: Losiggio, Daniela y Solana, Mariela (2022). Reseña bibliográfica de *Desafiar el sentir. Feminismos, historia y rebelión*. *Anacronismo e Irrupción* 12 (22), 379-386.

El nuevo libro de la filósofa argentina Cecilia Macón explora la larga relación de los feminismos con los afectos y la política. De hecho, la tesis que defiende el libro desde el vamos es que, prácticamente desde sus orígenes, los feminismos impugnaron no solo la ideología del cisheteropatriarcado sino su configuración afectiva, es decir, el modo en que emociones, pasiones y sentimientos fueron invocados socialmente para perpetuar desigualdades de género.

Si las mujeres fueron históricamente consideradas seres demasiado pasionales, carnales o sentimentales como para participar de la vida pública y las teorías crítico feministas buscaron “deconstruir” esta mitificación, este libro viene a proponer un matiz: diversas instancias de activismo feminista demuestran justamente que las emociones no solo motivaron la lucha feminista sino que fueron la arena misma en que esa lucha se libró. La idea medular del libro es que los feminismos lograron revelar la contingencia radical del orden afectivo cisheteropatriarcal al mismo tiempo que desplegaron modos de sentir alternativos. Si bien parte de la disputa política estuvo abocada a mostrar que la racionalidad no es propiedad privada de los varones, el desafío más profundo fue romper con el dualismo razón/pasión, haciendo un uso estratégico de los afectos para alcanzar sus objetivos políticos.

“La revolución debe incorporar a las mujeres para inflamar así de pasiones al mundo” proclama Olympe de Gouges en 1791. “¡Ah, los hombres nos tienen desilusionadas! [...] Y es ese sentimiento el que me obliga a actuar” escribe Julieta Lanteri en 1924. “No a la maternidad, sí al placer” afirma el cartel sostenido por María Elena Oddone en la marcha por el 8 de marzo de 1984. Los momentos y lugares que aparecen en el libro son dispares. Las estrategias empleadas por los feminismos –y que dan cuenta de una creatividad asombrosa– también lo son. El libro de Macón navega de forma poco ortodoxa por el tiempo y el espacio pero se detiene en cuatro escenarios que condensan la impugnación del orden afectivo: las performances del feminismo francés de la década del setenta (capítulo uno), la lucha estadounidense por el sufragio a mediados del

siglo XIX (capítulo dos); los simulacros de votación en Argentina de principios del siglo XX (capítulo 3) y la lucha por la legalización del aborto en nuestro país durante los últimos cuatro años (capítulo 4). Estas acciones burlaron la división entre emociones y razones y, al hacerlo, arremetieron también contra otras oposiciones igualmente insidiosas para las mujeres como público/privado, arte/política, ficción/realidad.

Los afectos analizados en el libro son múltiples: rabia, orgullo, desilusión, simpatía, vergüenza, asco; también se invocan experiencias afectivas como la urgencia, el deseo y la visceralidad. La complejidad y erudición con que la autora aborda la dimensión afectiva también se hace presente en su mirada sobre el activismo feminista mismo. No solo advertimos que no se trata de un movimiento uniforme sino que la autora nos presenta, cara a cara, con algunos de sus costados más olvidados e incómodos: la influencia del cuaquerismo en la lucha por el sufragio estadounidense, los usos polémicos del maternalismo como argumento político, el racismo velado (y el evidente) en algunas de sus exponentes, su papel en la promulgación de la Ley Seca en EEUU. Como afirma su autora, “se trata de evitar análisis autoindulgentes y meramente celebratorios, sometidos más al narcisismo que a la reflexión” (p.16).

El primer capítulo del libro se titula “Nosotras abortamos” y aborda las estrategias políticas que desplegó el feminismo francés durante la década de 1970. El archivo que Macón utiliza es heterogéneo: movilizaciones, películas, manifiestos, fotografías, volantes, performances. Lo que une a estas intervenciones es el afán por mostrar que aquello que es considerado privado, íntimo o secreto es, en realidad, el resultado de una operación social y política que, bajo el disfraz de la protección a la intimidad, terminó silenciando el sufrimiento de las mujeres. En esta operación de ocultamiento, el lugar de los afectos es central. Así, la autora hace una lectura en clave afectiva del famoso lema “lo personal es político”. Lo que el feminismo francés revela es que los afectos supuestamente íntimos –como el amor romántico, la humillación, la

vergüenza y el sufrimiento– sirvieron para colocar a la opresión de las mujeres por fuera del orden público y, de este modo, obstaculizar sus demandas de justicia. Frente a esto, las activistas mostraron el potencial político de aquello considerado individual y privado. Un ejemplo es el homenaje a la “Mujer del soldado desconocido”, realizado en agosto de 1970 bajo el Arco del Triunfo por el *Mouvement de Libération des Femme*. Esta performance buscaba visibilizar que hay una persona aún más desconocida que el soldado anónimo: su mujer. En la misma línea, un volante también realizado por el *Mouvement* se pregunta “¿Quién cocina cuando hablás de revolución? ¿quién cuida a los chicos mientras vas a tus reuniones políticas?” (p. 55). Ambas acciones revelan que hay tareas realizadas por mujeres que, por más relevantes que sean, jamás son objeto de celebración o reconocimiento público.

Otro conjunto de intervenciones que este capítulo aborda está vinculado a la lucha por el aborto legal. Así, el Manifiesto de las 343 salopes de 1971 –un documento firmado por 343 mujeres que reconocieron haber abortado– vuelve visible y pública una experiencia condenada al silencio por su carácter clandestino. Las salopes, o “sinvergüenzas”, desprivatizan la vergüenza y la convierten en una pasión política. El manifiesto –un verdadero escándalo para la época– también demuestra que el coraje no es un afecto monopolizado por los varones. El objetivo del manifiesto –así como el de la película *Historias de A*, que Macón analiza– es quitarle dramatismo y secretismo a la práctica del aborto: “La decisión de abortar deja así de ser presentada bajo la estela del sufrimiento pasivo y la soledad, para mostrarse como el ejercicio natural de un derecho cuando se produce en un marco profesional y junto a otrxs” (p. 72).

El segundo capítulo, “Declarar sentimientos en 1848”, nos transporta a otro tiempo y espacio: Seneca Falls, EEUU, a mediados del siglo XIX. Aquí aparece la segunda lucha política –el aborto es la primera– que el libro prioriza: el sufragismo. En este capítulo, Macón estudia la primera convención por los derechos de las mujeres de Estados Unidos, realizada en julio de 1848. En esta

convención no solo se demandó la emancipación civil y política de las mujeres sino que se buscó instalar una noción alternativa de ciudadanía alejada de la pretendida universalidad que reinaba en los discursos de los varones. De nuevo, en esta intervención las pasiones jugaron un papel central ya que constituyeron “el instrumento puesto en juego al momento de generar modos dislocados de pensar y experimentar el espacio público, la ciudadanía, la agencia y la temporalidad” (p. 91).

En este capítulo, la autora se detiene particularmente en las pasiones “negativas” invocadas por el feminismo temprano: desilusión, indignación y arrepentimiento se repiten en los discursos pronunciados en 1848. Estas emociones, asociadas a la sentimentalidad y pasividad femenina, son reapropiadas por el movimiento de mujeres y utilizadas como sustento de las demandas emancipatorias. En este sentido, no solo se trató de mostrar la racionalidad de las mujeres –y, por ende, su capacidad de ejercer la ciudadanía– sino también de repolitizar aquellas emociones consideradas parte del foro interno.

Otro modo de dislocar el orden afectivo aparece en aquellas sufragistas más cercanas a los movimientos de la Temperancia. En estos discursos, se invierte el estereotipo del varón racional y templado, mostrando que ellos también son movilizados por pasiones desmedidas, por ejemplo, cuando se emborrachan. Si la demanda por la prohibición de la bebida alcohólica que el feminismo defendió en aquel entonces nos puede parecer extraña hoy en día, lo mismo podría decirse de las raíces cuáqueras del sufragismo norteamericano. Macón se detiene en una novedad que las mujeres cuáqueras incorporan a la discusión de Seneca Falls: la noción de hermandad entre mujeres, algo poco presente en el feminismo laico de aquel entonces. No obstante, como advierten las feministas negras como Sojourner Truth, esa comunidad de mujeres no debe ser entendida como algo dado de suyo sino como un proyecto a construir –y solo será construido cuando las feministas blancas reconozcan las asimetrías que

existen, incluso, al interior del sufragismo—. Sin caer en visiones ingenuas o utópicas, ya en 1848 surge una noción de sororidad “donde la cooperación y la solidaridad no hacen a un lado su dimensión agonística” (p. 138). La vigencia de estas discusiones decimonónicas es, por lo menos, notable.

El capítulo 3 explora la potencia política del juego y la ficción para el activismo feminista. Si es cierto que, desde siempre, la ficción ha representado una oportunidad para traficar públicamente reivindicaciones políticas imposibles de ser dichas en marcos de “realidad”, lo cierto es que las sufragistas idearon una forma de la performance sin precedentes, que puso en evidencia lo que sin lugar a dudas debía “estar sucediendo” en la realidad política y no sucedía (p. 143). Se trata de los simulacros de votación que las feministas llevaban adelante para exigir su derecho político negado. Pre-enactment es el término que designa el tipo de performance practicada por las sufragistas. Macón lo traduce como “pre-creación”, aunque también literalmente es interpretable como lo que sucede antes de la promulgación (de la ley de sufragio femenino) o como lo que está en las puertas de ser una recreación pero no lo es, porque precisamente tiene el poder de herir la realidad.

La práctica del simulacro de votación, que se realizó en distintos países y momentos históricos, adquirió especial prensa en Argentina el 7 de marzo de 1920, en ocasión de las elecciones legislativas. Tras la gran performance, proliferaron en periódicos, revistas y panfletos las imágenes de mujeres en ademanes irónicos y desafiantes. Esa irreverencia proviene de las vísceras, sostiene Macón, de una protesta profunda hacia la configuración afectivo-patriarcal de unos comicios reglamentarios que las excluían caprichosa y paradójicamente en nombre de la razón. Los simulacros de votación lograron convocar a más de 5000 mujeres, que confluyeron en el acompañamiento al Partido Socialista, impulsor de la participación femenina en política. Por supuesto esta voluntad colectiva era reglamentariamente nula y, por ende, no

tuvo efecto vinculante, pero dejó también en entredicho el apoyo popular a la Unión Cívica Radical (fuerza ganadora en esas elecciones).

Así las cosas, los simulacros de votación, más que producir una ficción, generan “un real impensado” (p. 149) que altera el sentido de la política y, podemos agregar aquí, lo que se entendía por racionalidad democrática y voluntad popular desde 1912 en Argentina. Los simulacros constituyen entonces “la invención de hechos falsos para crear acontecimientos verdaderos” (p. 150), en la medida en que impusieron la visibilización de lo injustamente oculto. Al mismo tiempo, la performance se instaló como medio de protesta de grupos excluidos, allí donde las capas opositoras solo en nombre de la Verdad y de lo Real pudieron rechazar lo que estos actos narraban.

El último capítulo demuestra que las configuraciones afectivas hegemónicas, no solamente se encuentran cifradas por el cisheteropatriarcado sino también por ciertas concepciones del tiempo que se le asocian. El feminismo hashtag desplegado en Argentina en ocasión del activismo por la legalización del aborto (especialmente en 2018) permite pensar en una suerte de contra-archivo de sentimientos que jaquea las injusticias encerradas en las narrativas del progreso. Es un archivo del sufrimiento provocado por el terror o la complicidad de las instituciones. Y ese terror se contesta en el espacio público. Un público que ahora se amplifica: temporalmente, mediante la utilización de un símbolo transgeneracional (el pañuelo); espacialmente, mediante la amplificación del reclamo en redes sociales.

La movilización feminista por la legalización del aborto en Argentina logró actualizar el pasado (y no rechazarlo o pretender superarlo) a partir de la creación de un lazo intergeneracional. El reclamo se realizó en nombre de una deuda de la democracia y, en este sentido, las citas que se traficaron en las redes sociales no solo provinieron de las fundadoras de la campaña y/o del feminismo setentista argentino sino también de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, marcando la inevitabilidad de la legalización.

El feminismo hashtag por la legalización del aborto en Argentina resulta expresivo de la cuarta ola feminista en un sentido mucho más original de lo que pretenden autoras como Chamberlain, sostiene Macón. Se dice justamente que la cuarta ola pone en jaque la propia narrativa de las olas, es decir, esa idea de que cada “momento” del feminismo es superador del anterior. En Argentina se demuestra que esa discusión con las narrativas feministas no se da – paradójicamente– a la manera de una narrativa sino en el efectivo despliegue de un linaje de mujeres en lucha que contraponen la esperanza al terror.

Un hilo invisible une estos capítulos dedicados a dos reivindicaciones estructurantes del movimiento feminista (el sufragio y la legalización del aborto): la sensibilización, un término que se utiliza frecuentemente en nuestros días, pero al que Cecilia Macón da una entidad sin precedentes. Sensibilizar no es solo hacer visible; es –fundamentalmente– desmontar una trama pretendidamente neutral y racional que en verdad constituye una estructura administradora de emociones, afectos y sentimientos legítimos e ilegítimos. Sensibilizar es desafiar el sentir.